

alma de un niño, en ese momento hermoso é interesante como ninguno en que se incorpora á la cadena de los seres personales y se ve como un elemento que tiene en la sociedad una fuerza y una misión que mutuamente se solicitan, pero que todavía no puede él definirse.

Todo este nuevo orden de consideraciones pide tratado aparte, y ya no cabe en el presente artículo, cuya intención, como dije, fué otra, y cuyas dimensiones exceden de lo que me propuse.

1890.

EL TEATRO ESPAÑOL

Y LA CRÍTICA PORTUGUESA

La revista ilustrada *O Occidente*, publica en sus dos últimos números un capítulo del próximo libro del poeta Coelho de Carvalho, que se titulará *Viajes*. El capítulo se ocupa del teatro español, y es una muestra bien característica del estilo, de las ideas y del tono que ha de ostentar la obra anunciada. Medio en broma, medio en veras, el Sr. Coelho Carvalho nos da á todos, público, actores y autores, eso que en la jerga crítica se llama *un palo* mayúsculo.

Yo creo que no debemos enfadarnos. A vueltas de algunos errores, que por ser tan frecuentes en los viajeros que nos visitan bien pueden perdonarse, y por encima de ciertos prejuicios que ideas no bien digeridas produ-

con, por esa influencia de época que fatalmente tienen, el escritor portugués nos dice grandes verdades, cuya rociada cúmplenos aguantar y convertir en motivo de propia corrección y mejoramiento.

Toda la primera parte del capítulo es deliciosa. Está escrita con mucha soltura y gracia, y con una libertad de crítica que harta falta nos hace aquí.

Cuenta el Sr. Coelho su visita al teatro Español en ocasión de ponerse en escena el proverbio de Echegaray, *Piensa mal y acertarás*. Llevando el autor por delante su juicio de que para «aquilatar el estado de la literatura dramática de un pueblo no basta leer las obras de sus dramaturgos, sino que hay que oír á sus actores y observar al público que los escucha», fijóse en todos tres elementos, sin perdonar una nota de observación.

Asistía al estreno—porque parece deducirse que fué el estreno—la familia real; y aquí despliega nuestro viajero lo más fino y más acertado de su talento de observador, sorprendiendo y trasladando lo característico de aquellas fisonomías, que veía él por vez primera.

Buenas ganas se nos pasan de traducir los párrafos del Sr. Coelho, porque no tienen desperdicio; pero hay respetos de cortesía que no deben olvidarse nunca, y hay, sobre todo, un fiscal de imprenta muy dispuesto á pararnos los pies.

Hace luego la crítica del drama y de los actores. El diálogo le pareció «lleno de las flores rojas de la retórica dramática y de las flores blancas de azucarado lirismo, dulce y espeso.» De repente, uno de los personajes se lanzó en alas de una descripción complicada «comparando la vida, no me acuerdo si á un navío, si á las ondas alteradas de la mar, que se quiebran en las rocas, si á los zapatos que con el uso se ensanchan, se arrugan y concluyen por romperse; lo que tengo bien presente es que, á medida que se iba completando la descripción, la atención de los espectadores mostrábase más interesada, brillaban los ojos con más fulgor, hasta que por fin, antes aún de que sonara la última palabra del actor, rompieron en una explosión de exclamaciones unánimes: ¡Oh, la bella imagine! “Luego llegó otra escena; y á propósito de una lucha que decían los actores llevar en el corazón, «nueva metáfora, descripción enredada y brillante de una imagen cualquiera, espectadores subyugados y atónitos, aplausos entusiastas.»

En el entreacto, oyó el curioso crítico conversaciones tan en armonía con lo observado en el público, como la siguiente, que trasladó con la misma deplorable ortografía del texto:

—Entonces que metáfora, ¡la del corazón!

—Sí, hombre; pero la del buque, la tengo yo por mejor.

—¡Gran poeta, Pepel en este acto el señor Echegaray presentó siete imágenes.

—Tantas, ¿cómo esso?

—¡Yo me gusta más de la metáphora del roble cobierto de fiores!

Y ustedes perdonen si el autor no conserva muy fielmente el recuerdo de la conversación oída. Puede que no fuera muy superior el castellano en que se dijo.

Alarmado el Sr. Coelho con estos síntomas y confirmado en sus observaciones en el resto de la noche, exclama:

«¿Será este el estado del teatro en España, ó sólo la representación de una comedia?»

Y contesta él mismo:—«Es el estado del teatro en España; porque la comedia, que es mala desde el punto de vista del arte, como producción literaria y como obra filosófica, es, no obstante, excelente para el público al cual se destinó y que la aplaudía.»

Es lástima que tuviera el Sr. Coelho la desgraciada suerte de ir al teatro Español en aquella noche; es lástima que no viera en escena algún otro drama de Echegaray—*O locura ó santidad*, por ejemplo; *Vida alegre y muerte triste*—para que, ejercitando su discreto juicio con mayores datos y ante pruebas más significativas de la personalidad dramática de aquel autor, resultara su crítica más en firme, menos estrecha y decisiva; bien que contando como uno

de sus elementos las observaciones apuntadas, que son, desdichadamente, exactas.

Pregunta el Sr. Coelho: «¿Soportaría el público esa comedia si la literatura dramática moderna fuese en España lo que es en Francia, en Italia? ..»

No; no la soportaría, ni la soportó.

Pasada la alucinación imaginativa del primer momento, nadie pensó en poner la nueva obra ni al nivel siquiera de otras anteriores. Por ella, sin más, no puede juzgarse á Echegaray; pero que se tiene un gran dato para juzgarle y para juzgar el estado del público, es innegable.

Partiendo de su juicio ya formulado, se extiende el Sr. Coelho en consideraciones que, sin tener la frescura de las que anteceden, afectan un saborcillo de cátedra, sospechoso. Para explicar nuestra literatura, fruto de nuestro carácter nacional, se aventura en un estudio de ambos elementos, desde la época del Renacimiento á nuestros días. ¿Cómo no confesar que mucho de lo que dice de nuestro pecado de rimbombantes, imaginativos é intemperantes y lujosos de dicción, es cierto? Todos conformamos en ello. De Calderón y de Tirso afirma lo propio muy bellamente: «las creaciones artísticas y literarias de España—dice—dejan entrever revelaciones geniales, como en Calderón de la Barca y Tirso de Molina; pero envueltas, fajadas por una profusión de imágenes y de en-

redos lingüísticos, en que las figuras de las comedias se envuelven como en una capa protectora de conveniencias, recelosas de mostrar á la luz la ruda desnudez de sus caracteres; y en las cargadas frentes de aquellas figuras, hay siempre una sombra siniestra de terror y de íntimo sobresalto.»

Pero luego, y con ocasión de estos juicios, entra el Sr. Coelho en consideraciones psicológicas sobre el carácter nacional y el estado de espíritu que reinaba en los siglos XV y XVI, y que se repitió en cierto modo á mediados del presente, en la época romántica, coincidiendo en el fondo, y en las líneas generales, con el sentido del ilustre Oliveira Martins, que si respetable, no puede ser decisivo, y menos en puntos como este de la psicología étnica, tan por hacer en todas partes y falta aquí de base y preparación, que solo daría un exacto conocimiento de nuestra historia, del que carecemos casi en absoluto.

Por eso, si el Sr. Coelho acierta con uno de los grandes problemas de nuestra literatura—y sobre todo de la dramática,—preguntando “si será posible á la castellana librarse de ese carácter retórico y enfático, mixto de reminiscencias de abundancia oriental en la forma y de vaga metafísica sensualista en la idea”, el señor Coelho es injusto por precipitado, al afirmar que nuestro teatro, por razón del gusto y carácter de nuestro público, será difícilísimo

sino imposible, que entre «en el espíritu moderno de análisis positivo de las costumbres y de representación viva y natural de los caracteres»; y más aún, cuando dice que el fenómeno, si ocurriese, sería transitorio, «porque no siendo producto natural del medio social, su influencia habría de ser efímera, pues nada puede alterar en el público las cualidades que le son opuestas, y que, adquiridas por causas tan varias, se han ido haciendo, por la sucesión hereditaria de cuatro siglos, congénitas en la raza.

Nada autoriza sentencia tan decisiva y condenación tan radical; sabemos muy poco aún de esas cosas de temperamentos y de psicologías de raza, y es aventurada y temeraria toda conclusión que se de por definitiva.

Así, que esto no puede ni discutirse. Pero, ¿no es un aviso saludable á los que, teniendo en sus manos la dirección del gusto artístico, nada hacen por variarle el rumbo y orientarlo, desde la cuna de las generaciones, hacia el norte verdadero de la dramática real y humana?